

# Infalibilidad y Juicio Privado

H. HYSLOP

Se atribuye a Newman la observación de que, en asuntos de metafísica, el egotismo es la forma más verdadera de modestia. Lo mismo es aplicable probablemente a la teología fundamental, sobre todo cuando es un no profesional quien la practica. El presente autor demanda la indulgencia de los lectores por permitirse en este artículo usar ocasionalmente recuerdos personales<sup>1</sup>.

Fui educado en la religión anglicana, estudié teología en la Universidad de Oxford y en los días de Pío xi me hice católico a los 24 años. Cuando vuelvo la mirada a mi juventud como anglicano hay un hecho que atrae particularmente la atención. Mis maestros de entonces me inculcaron la impresión de que entre Dios y la Iglesia existe una relación vertical mediante los sacramentos, puesto que Dios continúa desde el cielo operando a través de ellos; y que hay además otra relación vertical mediante la oración, puesto que Dios la escucha y responde a ella de un modo o de otro; pero que respecto a la doctrina existe solo una relación horizontal, dado que la Iglesia es dejada a sí misma para establecer las enseñanzas de la fe mediante el examen de la tradición histórica. La idea de que Dios sigue enseñando a la Iglesia desde el cielo hasta el día de hoy era rechazada como una superstición<sup>2</sup>.

Lo que me sorprende hoy, después de 50 años de estudio, es la palmaria incongruencia entre la impresión adquirida en mi juventud y lo que dice el N. Testamento. Según S. Pablo, Dios mismo, o Cristo glorificado, es el agente principal en la instrucción de la Iglesia. Ha establecido en ella apóstoles, profetas y maestros (1 Cor 12,28). Son hombres con un carisma, y órganos por lo tanto de la actividad divina (id., 4-11). Sus dones especiales se ordenan al bien común (id., 7). El Cristo glorificado, que distribuye sus gracias según su deseo soberano, ha dotado además a la Iglesia de apóstoles, evangelistas, pastores y maestros (Efes 4, 7-11). Su intención al obrar así es librar a los

---

<sup>1</sup> Parte de este artículo apareció en versión muy esquemática en el *Scepter Bulletin* (London) de marzo 1979. El autor agradece a los editores de *Scepter Bulletin* el permiso para reelaborar y publicar el contenido.

<sup>2</sup> Pueden citarse un buen número de Anglicanos cuyas opiniones se aproximan a la creencia católica en la Infalibilidad de la Iglesia. Pero estas opiniones no me influyeron durante mi juventud, y en esto no fui un caso aislado.

miembros de la Iglesia de las engañosas estratagemas de los hombres, unirlos en la fe y el conocimiento de Sí mismo, y fomentar en ellos el crecimiento espiritual que El proporciona (id., 12-16).

Incluso en la actividad misional de la Iglesia, los anunciadores del Evangelio no son sino instrumentos de Dios y de Cristo (Rom 15,18-19; Gal 2,8; Efes 3,3-7; Col 1,29). De aquí que la Iglesia, según el Apóstol, es una permanente mediación a través de la cual sigue hablando Dios mismos. Es sin duda por este motivo que la Iglesia merece ser llamada columna y fundamento de la verdad (1 Tim 3,15). Una imagen similar emerge de la primera Epístola de S. Juan, donde se dibuja un contraste entre dos grupos de personas: un grupo que se ha separado de la Iglesia y otro que permanece en ella. Se dice del primero que su misma secesión indica claramente que nunca estuvo integrado del todo en la Iglesia (2,19); se dice del segundo que por haber sido unido por el Santo conoce la verdad y que ninguna mentira viene de la verdad (2,20-21). Se añade sobre este grupo que la unción recibida por sus miembros permanece en ellos, que no necesitan maestro, y que la unción les enseña acerca de todas las cosas, que es verdadera y no una mentira (2,27).

La conclusión se establece en 1 Juan 4,6: «Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha; quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu del error». De modo que según S. Juan — no menos explícito que S. Pablo —, la fidelidad doctrinal de la Iglesia está garantizada no simplemente por el respeto a la tradición, sino por un orientador influjo de lo alto.

La aplicación práctica de estos principios se aprecia en el Concilio de Jerusalén (Act 15; Gal 2)<sup>3</sup>. El Concilio se celebró para resolver la cuestión sobre los cristianos de procedencia gentil y la Ley mosaica, y la conclusión obtenida se anunció del modo siguiente: «Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros» (Act 15,28). Se entendía por tanto que la Iglesia estaba dirigida por Dios no solo en la aprehensión y custodia de la revelación divina, sino también en las decisiones sobre los asuntos nuevos que pudieran plantearse. A la vista de este conjunto de hechos convergentes, parece justificado afirmar que para el N. Testamento — a pesar de lo que se me dijo en mi juventud — existe una relación vertical entre Dios y la Iglesia no solo en los sacramentos y en la oración, sino también en el conocimiento y declaración de la fe.

Es imposible dudar, no obstante, que muchos de mis antiguos correligionarios adelantarían en este momento una objeción. La Iglesia — dirían — se describe por los Apóstoles y sus contemporáneos precisamente como era durante el tiempo en que ellos escribían. Pero la Iglesia de épocas posteriores se ha empobrecido en gracia divina y ha dejado de ser una guía segura. Esta afirmación no resulta a mis ojos, sin embargo, más convincente que la anterior.

Es una tarea imposible probar solo con la historia que todos los detalles de la fe católica, tal como hoy es confesada por la Iglesia, se hallan presentes

<sup>3</sup> Se asume aquí que Act 15 y Gal 2 se refieren al mismo hecho. A favor de esta postura habla la circunstancia de que en Gal 2,4-5 hay un anacoluto. Si insertamos entre ambos versículos la frase «hubo una reunión pública, pero», se reduce considerablemente la dificultad de armonizar las dos narraciones.

o implícitos en las enseñanzas de los Apóstoles y los Padres. Pero si uno lee autores como Newman, San Bernardo, Beda, San Agustín, S. Ireneo, S. Ignacio de Antioquía, etc., prevalece una impresión de homogeneidad. Ha habido desde luego un desarrollo. Pero no se percibe que tal desarrollo exceda el resultado de la moción de lo alto que instruye a los fieles sobre todo lo relativo a la fe, o de un poder de solucionar nuevas cuestiones doctrinales como el que presupone el Concilio de Jerusalén.

La afirmación de que la Iglesia postapostólica ha corrompido la fe no puede por tanto sostenerse ni refutarse por medios exclusivamente históricos, y el único camino de determinar lo que declaran los objectores es valorar la probabilidad de que Dios haya permitido la desgracia que alegan.

Si se emprende este cometido, se encuentra uno en el mismo inicio con una importante y obvia consideración. Una revelación divina debe entenderse como vigente hasta que sea visiblemente derogada. Los judíos estaban en lo cierto al permanecer fieles a la economía mosaica hasta la venida de Cristo. Su error consistió en que, venido Cristo, testimoniado por Dios con obras poderosas, milagros y signos (Act 2,22), resistieron la luz. Pero nadie se encuentra respecto a la tradición cristiana en la misma relación que Cristo se encontraba respecto a la judía. Los pretendientes obvios son Mahoma y los reformadores<sup>4</sup>, pero ni el uno ni los otros han visto atestiguadas sus pretensiones con obras poderosas, milagros y signos. Debe asumirse entonces que la dispensación cristiana original continúa en vigor, lo cual incluye la dirección efectiva de la Iglesia por parte de Dios.

Esta impresión inicial se refuerza al examinar con mayor atención la enseñanza del N. Testamento. El N. Testamento arranca de la premisa de que el mundo se halla bajo el poder de Satanás y sus ángeles malos (Luc 4,5-7; Juan 14,30; 2 Cor 4, 4; etc.). Función de Cristo es mover a la humanidad y hacer posible que transfiera su servicio de Satanás a Dios (Rom 5,10-11; Efes 2,16; etc.). Parte esencial de este traslado es aceptar la fe y frecuentar los sacramentos (Rom 10,8-10; Col 1,21-23; Juan 3,5; 6,53-54; etc.). Pero la aceptación de la fe y el uso de los sacramentos equivalen juntos a la condición de miembros de la Iglesia. De aquí que la existencia y santificación de la Iglesia pueden llamarse con verdad objeto de la muerte de Cristo (Efes 5,25-27). Por esta razón, el Cristo glorificado en el cielo continúa alimentando y nutriendo a la Iglesia como un hombre alimenta y nutre su propia carne, y dispensándole crecimiento espiritual (Efes 4,16; 5,29-30; Col 2,19). Su acción salvífica es por fuerza de las cosas resistida por Satanás (Mat 24,24; etc.).

¿Qué posibilidades hay de que Satanás salga victorioso y frustre el objeto de la misión de Cristo? A primera vista, parece no haber ninguna. Cristo ha vencido ya los poderes del mal (Mat 28,18; Juan 12,31-32; Rom 14,9; Col 2,15) y reinará hasta que todos sus enemigos, incluida la muerte, hayan

---

<sup>4</sup> Con esta observación no situó, desde luego, en el mismo plano a musulmanes y protestantes. Un musulmán que deviene protestante da un gran paso hacia adelante. Pero ambos grupos tienen en común que acusan a la Iglesia de Dios de haber corrompido el Evangelio.

sido finalmente destruidos (1 Cor 15,24-26; Heb 10,12-13). Por eso si los cristianos son fieles se debe sencillamente al hecho de que Quien está en ellos es más poderoso que quien está en el mundo (1 Juan 4,4; 5,4).

Queda, sin embargo, una pequeña duda que exige consideración. El Nuevo Testamento da frecuentemente la impresión de que la segunda venida de Cristo iba a ocurrir dentro de la primera generación de cristianos (Mat 24,34; 1 Tes 4,15-17; 1 Tim 6,13-14; etc.). Las afirmaciones que lo sugieren eran desde luego condicionales<sup>5</sup>; pero el hecho es que no se cumplieron en su sentido literal. Es por tanto concebible que las promesas sobre el triunfo de Cristo no se vayan a cumplir tampoco en este sentido. Pero es ésta una duda débil.

Si la segunda venida de Cristo se retrasaba, había más tiempo para la predicación del Evangelio y la salvación de la humanidad; pero si Dios — después de proclamar que Cristo era totalmente capaz de salvar a cuantos se le acercasen a través de El, puesto que vivía eternamente para interceder por ellos (Heb 7,25) — permitía que la Iglesia, cuyo Salvador y Cabeza es Cristo (Efes 5,23), cayera en las manos de Satanás, la dispensación cristiana se convertía en un completo engaño. Dado que puede tenerse como segura la imposibilidad de tal hecho, es igualmente prudente asumir que la Iglesia permanece en las manos de Cristo y continúa enseñando Su doctrina bajo Su guía. Se impone así una vez más la idea de que la enseñanza de la Iglesia es idéntica a la de Cristo<sup>6</sup>.

Una confirmación de estas conclusiones se halla en lo que afirman los Padres ante-Nicenos. Dice S. Ireneo que Cristo continúa cumpliendo en la Iglesia, incluso hasta el fin, la nueva Alianza preanunciada en la Ley; y que los presbíteros reciben con la sucesión del episcopado un seguro carisma de Verdad (*Adv. Haer.* 4,26,2; 4,34,2). El autor de los *Philosophoumena* declara que nadie refutará a los herejes, excepto el Espíritu Santo concedido a la Iglesia, que los Apóstoles fueron los primeros que recibieron y transmitieron a los fieles (*Adv. Haer.* 1, *pref.*). Tertuliano ridiculiza la idea de que el Espíritu Santo haya dejado equivocarse a todas las Iglesias, o que Cristo haya permitido la corrupción de su enseñanza hasta que Marción acudiera a evitarla (*De Praescriptione*, 28; *Adv. Marcionem*, 1,20; 4,4). Novaciano dice que el

---

<sup>5</sup> Se halla implícito en Mat 24,20; Act 3,19-21 y 2 Pet 3,12 que el momento de la segunda venida podría ser adelantado o retrasado por la acción humana. La misma opinión fue defendida por Tertuliano (*Apologeticum*, 32 y 39; *De Oratione*, 5). Esto sugiere que las afirmaciones del N. Testamento sobre la inminencia de la segunda venida son análogas a profecías condicionales (Cfr. Jer 18,7-10; 26,11-19; Jonás 3,3-10). En el A. Testamento se describe también la época de la salvación, con una especie de retórica divina, como inminente después de la crisis del momento histórico, ya sea Asirio, Babilónico o Helenístico.

<sup>6</sup> Algunos protestantes parecen pensar que la economía cristiana no llega a ser un fracaso si la Iglesia deviene un instrumento de error solo por un tiempo o si hay dentro de ella una minoría libre del engaño. Pero si Cristo ha vencido a Satanás (Juan 12,31-32), quiere destruir sus obras (1 Juan 3,8; Heb 2,14-15) y es capaz de hacerlo (Mat 12,29; 1 Juan 4,4; Heb 7,25), no entra dentro de lo verosímil que Satanás arrebate a la Iglesia del dominio de Cristo ni siquiera por un tiempo y ni siquiera con una ligera pero apenas perceptible restricción. No se corre ningún riesgo por rechazar tales hipótesis.

Espíritu Santo disuelve las sectas, enseña con sencillez la regla de Fe, destruye a los herejes y mantiene a la Iglesia pura e intacta en la santidad de la perpetua virginidad y de la Verdad (*De Trinitate*, 29). Alejandro de Alejandría proclama en carta a su homónimo de Constantinopla que la única Iglesia católica y apostólica resulta victoriosa sobre toda revuelta de herejes que se alcen contra ella, porque su Maestro ha pronunciado las palabras: «tened confianza, Yo he vencido al mundo» (Cfr. Teodoreto, *Hist. Eccles.* 1,4).

Los autores citados viven en Asia, las Galias, Italia, Africa y Egipto. Uno fue discípulo de S. Juan a través de una generación intermedia, y cuando nació el más reciente, el más anciano había muerto menos de un siglo antes. Todos están de acuerdo en que Cristo sigue dirigiendo a su Iglesia en asuntos de fe durante la edad postapostólica. Ninguno niega — algunos lo apuntan — que esta guía durará hasta el fin de los tiempos. Si, como dice Newman, la hipótesis más lógica es que la comunidad de cristianos que los Apóstoles dejaron en la tierra profesaban la misma religión a la que los Apóstoles les habían convertido, es obvio inferir que, según los Apóstoles mismos, la guía doctrinal de la Iglesia por Cristo podía considerarse con seguridad como permanente. Se impone así por tercera vez la conclusión de que la enseñanza de la Iglesia debe aceptarse en cualquier momento de la historia como del mismo Cristo.

Por estas razones estoy convencido de que la Iglesia es indefectiblemente *ortodoxa*. Una vez establecido este resultado hay otros aspectos de mis creencias juveniles que me es difícil aceptar. Decían mis profesores de hace 50 años que la Iglesia de Dios en el mundo moderno consistía en una acumulación de grupos religiosos diferentes. Anglicanos, Ortodoxos orientales, y tal vez otros, pertenecían a ella tanto como los Católicos.

Pero esta teoría, que es específicamente protestante, resulta difícil de reconciliar con la enseñanza de Cristo a través de la Iglesia de la era patristica. Dice S. Cipriano que la Iglesia no está en los heréticos, porque es una y no puede dividirse (*Ep.* 74,4); S. Optato observa que Cristo solo es Esposo de la Iglesia católica, y condena a las rivales de ésta (*Contra Parmenianum*, 1,10); S. Agustín habla de que tanto los herejes como los cismáticos se hallan fuera de la Iglesia (*De Fide et Symbolo*, 10); y el Papa Pelagio I enseña que solo existe una Iglesia, que no puede dividirse en dos o más, puesto que todo el que la abandona deja de ser «Iglesia» (*Ep. ad Victorem et Pancratium*).

El modo de obrar de los Padres concuerda además constantemente con estas declaraciones. Los grupos de cristianos que dejan la Iglesia Católica y comienzan a actuar como comunidades separadas son invariablemente considerados herejes o cismáticos<sup>7</sup>. Las conversiones individuales de entre esos grupos eran fomentadas y se describían como unión a los que iban a salvarse (Cons-

<sup>7</sup> El Concilio 2.º de Constantinopla (553 d.C.) declaró en su *Sentencia contra los Tres Capítulos* que todos los que rechazasen los Concilios de Nicea 1.º, Constantinopla 1.º, Efeso y Calcedonia eran ajenos a la Iglesia Católica, aunque la Iglesia nacional de Armenia había repudiado oficialmente Calcedonia en el año 491. Las Iglesias disidentes de la edad patristica han formulado en último término la misma pretensión de exclusividad: cfr. S. L. Greenslade, *Schism in the Early Church* London 1953, 18; B. C. Butler, *The Idea of the Church*, Baltimore and London 1962, 57-59; W. de Vries, *Der Kirchenbegriff der von Rom Getrennten Syrer*, Rome 1955, 81-135.

tantinopla I, canon 7) y un retorno al conocimiento de la verdad (Efeso, canon 7). Los concilios de este período llamados ecuménicos se constituían con la asistencia exclusiva de obispos que eran en su mayor parte católicos, hablaban exclusivamente en nombre de la Iglesia Católica, y no concedían autoridad alguna a las opiniones de los cristianos disidentes<sup>8</sup>.

De aquí que, a menos que estemos dispuestos a afirmar que el medio elegido por Cristo como instrumento de su continua actividad docente ha permanecido en el error durante mil años tanto en la teoría como en la práctica de puntos tan básicos como el modo de asegurar la salvación y de resolver cuestiones de fe, hemos de admitir necesariamente que la Iglesia de Dios sobre la tierra es y debe ser una sola sociedad que actúa y existe como una unidad.

A la vista de estos hechos, no tuve otra alternativa que abandonar la teoría que habla de una Iglesia dividida en el presente, e intentar identificar entre las confesiones existentes la única Iglesia de Cristo en el sentido propio y estricto de las palabras. Cuando traté de hacerlo me pareció claro en primer lugar que debía descartar las iglesias protestantes. Estas comunidades disientían ciertamente en cualquier caso de la Iglesia católica original, y en base a los principios patrísticos se encontraban en una situación de herejía. Así las cosas, la única opción sería se planteaba entre la Iglesia Católica y las Iglesias Orientales disidentes de Roma. Mi decisión debía tener en cuenta el rango eclesial de las partes en conflicto y los servicios prestados a la causa cristiana por las comunidades rivales.

Nestorio, Dióscoro, Focio, etc., habían pretendido, al menos implícitamente, juzgar al Papa, que era por común consenso el Primado de la Cristiandad. El *onus probandi* corresponde en este caso a los que se erigen en jueces de su superior y no parece que hayan demostrado adecuadamente su punto de vista. El veredicto divino está además en contra de ellos, porque desde la consumación de los cismas orientales, las Iglesias obedientes a Roma han hecho más por la causa cristiana que todas las comunidades orientales juntas. A la vista de estos hechos no es concebible que la Iglesia de Cristo en el sentido propio y estricto de las palabras, pueda ser otra que la Iglesia de Roma y las que mantienen comunión con ella.

A partir de esta conclusión puede definirse ya con mayor precisión la sede concreta de la Infalibilidad de la Iglesia. Reside, como la misma Iglesia enseña, en el Papa cuando habla *ex cathedra*; en el Papa y los obispos católicos reunidos en Concilio; en el Papa y los obispos católicos enseñando la misma doctrina en el orbe entero; y en el *consensus* general de toda la Iglesia católica considerada *per modum unius*<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Algunos obispos Novacianos parecen haber estado presentes en Nicea y sin embargo este mismo concilio decretó que los clérigos novacianos convertidos al Catolicismo debían aceptar la comunión con personas casadas en segundas nupcias, etc., a fin de «concurrir en todas las decisiones de la Iglesia Católica y Apostólica» (canon 8).

<sup>9</sup> El testimonio que ofrece la Iglesia católica acerca de su propia constitución se hace todavía más digno de crédito por el hecho de que los rasgos principales de esta constitución están diseñados en el N. Testamento. Encontramos aquí un orden ministerial

En base a los motivos apuntados en estas páginas me he acostumbrado a pensar que cuando en tiempos de Pío xi abandoné la religión de mi juventud en favor del Catolicismo, realicé una acción que la razón misma no podía objectar. He de confesar, sin embargo, que desde la muerte de Pío xii he tenido, al igual que otros, algunas peculiares experiencias.

Se oye decir a veces, por ejemplo, que la Iglesia católica ha modificado su enseñanza y no se declara ya simplemente idéntica con la auténtica Iglesia de Dios, y que los cristianos disidentes deben ser ahora readmitidos a la comunión católica sin aceptar todos los dogmas definidos hasta el presente. Semejantes afirmaciones atentan contra los principios que me condujeron a cambiar de religión. Y pienso que ninguna de las dos tiene fundamento alguno.

Según el Vaticano II, el ministerio episcopal no puede ser ejercido si no es en comunión con el Papa y los obispos católicos (*Lumen Gentium*, 21-22); un presbítero deviene miembro del colegio episcopal mediante la consagración y la comunión con el Papa y los demás miembros del colegio (id. 22); un obispo no puede ejercer su ministerio contra la voluntad del Papa (id. 24); el Papa y los obispos en comunión con él son infalibles (id. 25); el Papa es infalible cuando habla *ex cathedra* (id.); los dos dogmas específicamente papales de la Concepción Inmaculada y la Asunción corporal de N.<sup>a</sup> Señora son verdaderos dogmas (id. 59); los medios de salvación pueden alcanzarse en su plenitud solo en la Iglesia católica (*Unitatis Redintegratio*, 3); los cristianos separados deben unirse a esta Iglesia (id.); los cristianos orientales separados que se unen a ella lo hacen bajo la influencia del Espíritu (*Orientalium Ecclesiarum*, 25); la unidad eclesial deseada por Cristo subsiste indefectible en esta misma Iglesia (*Unit. Redintegratio*, 4); y toda *communicatio in sacris* que dañe la unidad o la fe, o lleve al escándalo o al indiferentismo, está prohibida por ley de Dios (*Orientalium Ecclesiarum*, 26).

Parece claro que entre esta eclesiología y la de Pío xii e incluso la de Pío ix no hay diferencia esencial.

Por lo que respecta a la idea de que los cristianos separados deban ser readmitidos a la comunión católica sin aceptar los dogmas definidos hasta el presente, resulta tan difícil de reconciliar con los documentos del Concilio como la primera. Leemos en ellos que las definiciones conciliares de la Jerarquía católica han de aceptarse *fidei obsequio* (*Lumen Gentium*, 25); que nada es más ajeno al ecumenismo genuino que un falso irenismo por el que se mancha la pureza de la doctrina católica (*Unit. Redintegratio*, 11); que a los cristianos orientales disidentes que quieran la comunión católica solo ha de pedirse lo estrictamente necesario (id. 18); que estos cristianos deben confesar no obstante

---

en los presbíteros — obispos, un obispo monárquico en Santiago el hermano del Señor, una reunión conciliar en el Concilio de Jerusalén y un Papa en S. Pedro. Nunca he estado convencido de que los carismáticos de 1 Cor 12 y Efes 4 fueran necesariamente miembros del sacerdocio ministerial. Es cierto, no obstante, que según el N. Testamento, carismáticos y clérigos eran categorías coincidentes y convergentes: el Evangelista Felipe era también uno de los Siete (Act 21,8); el ministerio sacerdotal era también carismático (1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6); y los clérigos, como los demás, podían obtener carismas mediante la oración (1 Cor 14,13).

la fe católica (*Orientalium Ecclesiarum*, 25); y que — como se dijo antes — la *communicatio in sacris* susceptible de provocar distorsiones en la fe y crear indiferentismo está prohibida por ley divina (id. 26).

Resulta difícil ver cómo los cristianos separados que vuelven a la comunión católica puedan — sin hacer violencia a estas declaraciones — ser dispensados de confesar todas las definiciones conciliares del Magisterio católico. En ninguno de los dos puntos mencionados ha abandonado la Iglesia católica ningún aspecto de su tradición anterior. Es un dato que sin duda será gozoso no solo para los conversos de hace 50 años, sino para todo católico de visión clara<sup>10</sup>.

Resta algo por decir sobre el modo en que la infalibilidad de la Iglesia debe afectar en la práctica la actitud del creyente. Es una moda actual la preocupación intensa por la reforma eclesial. La Iglesia — se dice — tiene mucho que aprender del mundo. Debe adaptarse a las demandas de científicos, sociólogos, feministas, revolucionarios, críticos históricos, hombres de otras religiones y muchas otras categorías de personas. Solo así conseguirá retener un lugar destacado en la sociedad.

¿Qué debe pensarse de estas afirmaciones? Contienen sin duda algo de verdad. Cuanto más se adapte en asuntos indiferentes a los gustos y mentalidad de sus actuales y de sus posibles miembros, más fácilmente desarrollará la Iglesia su misión. Pero si la Iglesia es realmente el conducto a través del que Cristo glorioso sigue enseñando a sus fieles y predicando el Evangelio a los paganos, la cuestión de la adaptación es muy secundaria.

El hecho esencial que desborda todos los demás es que en lo relativo a la salvación del alma, la Iglesia sabe más que el mundo y todo lo que constituye el mundo. Es consiguientemente más importante obedecerla que adaptarla, amarla que reformarla, ser su discípulo que ser su maestro.

La actitud más fecunda hacia la Iglesia es una actitud de devoción filial. Juliana de Norwich escribía en el siglo xiv: «Dios ha mostrado el enorme agrado que nutre hacia todos los que — hombres o mujeres — aceptan firme y sabiamente la predicación y enseñanza de la Iglesia Católica. Porque es su propia Santa Iglesia: El es la base, la substancia, la enseñanza, el maestro, el fin y la recompensa por la que se afana toda alma. Esto es y será conocido por cualquier hombre a quien el Espíritu se lo muestre. Y yo espero verdaderamente que todos los que buscan de este modo harán rápido progreso, porque es a Dios a quien buscan»<sup>11</sup>.

Tal es a mi juicio el resumen y la esencia de todo el asunto.

<sup>10</sup> Se ha dicho con humor que cuando uno es infalible le resulta muy importante no equivocarse nunca. Es igualmente cierto que cuando uno es infalible es muy importante que no se contradiga a sí mismo. R. Walls transfirió su confesión religiosa del Presbiterianismo escocés al Catolicismo porque le pareció que solo en la hipótesis católica había sido el Espíritu congruente consigo mismo a lo largo de la historia de la Iglesia (Cfr. *The One True Kirk*, London 1960, 115, 127).

<sup>11</sup> Juliana de Norwich, *Revelations of Divine Love*, cap. 34.